

# ***El cielo limpio***

**Mercedes Sánchez**

Esta historia comienza en Sevilla por los años 50, cuando la España de pandereta y mantilla, de toreros pobres y emigrantes soñadores, albergaba una sociedad mojigata, recatada y moralista. Aquella España que quedó durante mucho tiempo, marcada en el corazón de los españoles. Los trenes se llenaban de hombres y mujeres con maletas repletas de ilusiones y esperanzas. Aunque lejos de su tierra, reclamaban el legítimo derecho de forjarse un futuro. Es por ello que no se puede evitar mirar atrás con el pensamiento puesto en el pasado para comprender mejor el presente y darle bálsamo al sentimiento de nostalgia.

LA NIÑA

FRÁGIL Y PEQUEÑA, PERO RESISTENTE COMO EL JUNCO...

Estación de Francia, Diciembre de 1951.

Procedente de Sevilla, llega Carmen León con diez años de edad, de la mano de su abuela a Barcelona. Con ojos curiosos e inquietos, y un pellizco en el corazón, temerosa se aferraba a la falda de su abuela.

Sin madre desde los cinco años, es la abuela la que se hace cargo de ella, mujer de 70 años de edad, madre de 10 hijos, empequeñecida por el sufrimiento y las necesidades impuestas por los tiempos de estrecheces que padecían, cree con la sabiduría que da la edad, que el futuro de su nieta está en Barcelona.

Aun sin dinero llegan un mes de diciembre a la gran ciudad. Una vez aquí, la abuela, deja a la niña con una hija suya, tía de Carmen y regresa ésta a Sevilla. Su tía, que no se encontraba en buena situación económica, decide solicitar ayuda en la casa donde trabajaba. La tía de Carmen, tenía entendido que la señora de la casa, era una mujer influyente.

En aquella época, en la España de los 50, existía un modelo de institución benéfico–socio–religiosa para niños pobres y sin familia, con régimen represor y preventivo, en especial

con aquellos niños de carácter rebelde. “Como si ser pobre y sin familia no fuera suficiente desgracia”. “La señora”, no halló otra salida que entregar a Carmen a una institución benéfico-religiosa de éstas y la separó totalmente de su familia.

Cuatro años pasó Carmen rezando a diario y aprendiendo poco, cantando las tablas sin comprender lo que decía. Carmen recuerda lo original del menú: un puñado de arroz negro, patatas hervidas y pan seco, que según los días variaba el orden. En las horas libres repasaban monótonamente el hilo sobre las ropas viejas. Y como anécdota especial cuenta cómo las niñas que mojaban la cama paseaban por los pasillos de la residencia con las sábanas sobre la cabeza.

Acabada la etapa del colegio, y ya con 14 años, entra en la escuela del hogar, donde le proporcionan un trabajo cosiendo a mano en la **Lencería Liz**, en Diagonal 707. El salario que le pagan lo entrega íntegramente a la escuela, para su manutención, menos el 1% que se lo ingresan en una cuenta corriente.

Todavía sonrío Carmen al recordar la cara de sorpresa del jefe del taller: un día entró a la tienda una encofetada señora con dos militares a la espalda. A ritmo de marcha militar puso a todo el taller en posición de firmes. Seguida por la asombrada mirada de los allí presentes, la señora en cuestión, tocó y manoseó las prendas íntimas que le vinieron en gana. La situación subió a límites insospechados cuando “La Collares” arrambló con cuanta braga y sostén le gustara. Sin articular palabra, salió derecha y firme seguida por los militares, pero antes de dejar el taller, uno de ellos, tras ordenar descanso, le espetó al jefe:

– Recibirán una carta de agradecimiento por este regalo a tan distinguida dama.

## CARMELO RECIBIÓ ESPINAS Y DIO ROSAS

A los 18 años, Carmen llega al Carmelo a vivir con su abuela, tía y primos. Se instalan en el Paseo Nuestra Señora del Coll 191, en una casa de autoconstrucción, tan común por aquella época. Los vaivenes del tiempo quisieron

que en el Carmelo, Carmen encontrara mucho de lo que la vida le había arrebatado: reencontrarse con su familia, y sentirse libre. Es en el barrio donde descubre una nueva forma de vivir la vida. A Carmen le parece que el sol es más grande y brilla más en el Carmelo.

A los 26 años se casa y formando en su nueva vivienda su propia familia: dos hijas y un hijo, y una suegra muy particular que pasa la mayor parte del día entretenida en el jardín, ajena al resto del mundo.

Durante 25 años Carmen se dedica por completo al cuidado y educación de sus tres hijos. Atendiendo a su suegra hasta que la anciana fallece. Con apuros y sacando algo de tiempo, hace algunos trabajos de limpieza a fin de ayudar económicamente en su casa.

Tal vez el caprichoso destino, la magia de su tierra sevillana, el cielo abierto y limpio del Carmelo, la cercanía de unos sencillos y buenos vecinos, son los factores que confabularon para que Carmen desarrollara en su personalidad un carácter abierto y positivo.

Una vez que ha cumplido su etapa como madre y esposa, y viendo a sus hijos capaces de hacer su propia vida, Carmen se plantea la posibilidad de cumplir aquellos sueños que en alguna época fueron difíciles de realizar por su condición de mujer, y las ataduras sociales que lo impedían.

Sus raíces andaluces afloran y despiertan en ella la necesidad de aprender a tocar la guitarra, bailar sevillanas, recitar y leer poesía, e incluso sacarse el graduado escolar. Actualmente realiza cursos especializados para ampliar sus posibilidades de empleo y participa además con diferentes grupos en actividades artísticas.

A sus 62 años —en su constante afán de superación—, Carmen no deja de emprender y crecer como persona. Ni los embates del tiempo, ni el sufrimiento, ni la soledad que padeció de niña, han apagado el carácter alegre, jovial y positivo que acompaña a esta gran mujer día a día.

Por esta capacidad de supervivencia, de coraje y de lucha, que ella forjó en el Carmelo, como otros tantos Pijoaparte anónimos de este barrio, Carmen se hace merecedora del título de “Superhéroe del Barrio”.